

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL



SE PUBLICA LOS DOMINGOS  
AÑO IV



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

MADRID, 23 DE MAYO DE 1909

NÚMERO 73



## EL PRIMER RELOJ

El alto Olimpo se agitaba con desusada animación aquella hermosa mañana de primavera. El sol, filtrándose por entre las espesas copas de los árboles, arrancaba metálicos destellos de los brillantes atributos con que se engalanaban los dioses, que, envueltos en sus pintorescas vestiduras, iban de una parte á otra sin darse punto de reposo.

Ayuntamiento de Madrid

Cruzando las anchurosas alamedas, dos centauros, veloces como el viento, llegaron al florido anfiteatro donde se alzaba el gallardo polistilo del templo de Júpiter, y después de poner en manos del tonante dios un mensaje, fueron á reposar en la umbría de una espesura, rodeados de un grupo de dioses menores, que, curiosos, trataban de averiguar el objeto de su llegada.

No sin causa se había turbado la serénica paz de aquel recinto. Lo sucedido no tenía precedentes.

El viejo Saturno, aquel dios jubilado á quien en castigo de las atrocidades que cometió de joven tragándose sus hijos recién nacidos como si fueran bombones, condenó Júpiter á medir por siempre el paso del tiempo, distraído con los juegos de unas ninfas se había quedado dormido el día antes junto á un cristalino arroyo, sin reparar que el dios Momo y el Amor le acechaban escondidos. Apenas la cabeza del viejo se dobló rendida al sueño, en dos saltos se plantaron á su lado, y en menos que se dice desarmaron la guadaña, escondieron la cuchilla, partieron en dos trozos el asta, ataron á ellos el ceñidor de la túnica, y puesto en el centro y en equilibrio el reloj de arena, perpetuo acompañante del dormido, se consagraron con ardor á la extraña tarea de hacerle girar rápidamente, despedirle al aire y volver á recibirle para repetir el juego una y otra vez.

Por más que aquello fuese muy divertido, tenía que acabar de mala manera, y, en efecto, un impulso demasiado violento desniveló el improvisado juguete, que dió en tierra rompiéndose en mil pedazos.

El viejo despertó sobresaltado, y su espanto no tuvo límites cuando vió la arena esparcida y los pedazos frágiles del vidrio sembrados por el suelo. No hay que decir el paso que llevarían los autores de tal hazaña; Saturno, al abrir los ojos, se encontró solo.

El sol había traspuesto el Poniente y todavía se escuchaba el golpeo que los ciclopes daban con sus gigantescos martillos en las bigonias de Vulcano. Nadie se daba explicación de lo que sucedía, la noche se entraba, y hasta hubo quien apuntó la idea de un eclipse, que todo era creíble menos suponer en Saturno un olvido tan estupendo en sus deberes. Por fin, y al ver que la luna brillaba pura y serena en la bóveda azul del firmamento, se hubieron de rendir á la evidencia, y por orden de Júpiter, que, irritado, empezó á revolver con inquieta mano los más brillantes rayos de su colección, salieron en busca del viejo antropófago. Después de no pocas pesquisas, guiados por Momo, que dijo haberle visto por la tarde en aquella dirección, dieron con él a la orilla del arroyo. No hay para qué decir, conociendo su genecito, cómo tomaría Júpiter lo ocurrido. Tronó sus más potentes denuestos, y en poco estuvo que no obsequiara á sus súbditos con una sesión de fuegos artificiales. Después que se hubo desahogado envió á dos centauros con pliegos para Eos, el gallardo mancebo que guía el carro de la Aurora, y á Pegaso, el alado caballo nacido de la sangre de Medusa, con misión especial para la diosa Temis, madre de las Horas.

Luego se encerró en secreto conciliábulo con una ninfa de manto azul y estrellas de plata, llamada Noche, mientras su hijo Morfeo ve-  
laba silencioso.

Una faja violada que tiñó el lejano horizonte fué el anuncio del nuevo día. Poco después el rubio Helias, elevándose por el Oriente, alumbra la llegada del joven Eos, conduciendo á la Aurora en rutilante cuádriga, mientras Erebo, acompañado de la Noche, que abandonaba el templo seguida de Morfeo, desaparecía por Occidente.

*(Concluirá.)*





## EL POBRECILLO ANTOLIN

COMEDIA EN DOS ACTOS ESCRITA SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA

### PERSONAJES

El Sr. de PÉREZ, cuarenta años.  
 La SEÑORA DE PÉREZ, treinta años.  
 CAROLINA, ocho años. } Sus hijos.  
 TEODORO, seis años. }  
 D. DONATO, cincuenta años.

ANTOLÍN, quince años, criado de la casa.  
 ISIDORA, doncella.  
 PACA, cocinera.  
 BLAS, cochero.  
 JUDAS, criado despedido.

### ACTO PRIMERO

Un comedor elegante en casa de los señores de Pérez.

#### ESCENA PRIMERA

ISIDORA sentada en un sillón, y ANTOLÍN secando la vajilla.

ISID. ¿Pero cuándo vas á aprender á hacer las cosas como es debido? Hace una hora que estás enjuagando y secando la vajilla, y no llevas trazas de acabar. Mira que eres posma, hijo mío.

ANT. Yo hago lo que puedo, pero...

ISID. ¿Pero qué? Vamos á ver. ¿Pero qué?

ANT. Pues... no me atrevo á decirselo á usted.

ISID. ¿Por qué?

ANT. Porquz se va á enfadar.

ISID. ¡Enfadarme yo por lo que tú me digas! No tengas cuidado. Tengo yo mucha correa. ¿Qué es ello? Habla sin miedo.

ANT. Pues si tardo en acabar, no consiste en mí, sino en usted.

ISID. ¡Hombre! Explicame esa majadería, porque, la verdad, no la entiendo.

ANT. No es majadería. Es que la señora la encargó á usted que limpiara esta vajilla, y dijo que yo la ayudara.

ISID. ¿Y qué?

ANT. Que como usted no la ha tocado siquiera me lo he tenido yo que hacer todo, y por eso tardo.

ISID. Lo cual prueba que eres un *panoli* de cuerpo entero, porque has debido hacer lo que yo, no tocarla.

ANT. ¿No tocarla?

ISID. Claro, hombre, claro. Limpiarla un poco con el plumero, y san se acabó.

ANT. Como la señora ha mandado...

ISID. Pues hijo, si fuera á hacer una todo lo que la mandan estaba divertida. Se hace lo que conviene y lo demás se deja. Te lo he dicho ya cien veces.

ANT. Aunque me lo diga doscientas yo nunca comprenderé que se deba engañar á los amos ni á nadie.

ISID. Sí que eres vivo... pero no lo creas. Buenos están los amos para que nos matemos por ellos. Anda y que... Me parece que viene la señora. Sí, ella es.  
*(Se acerca en seguida al aparador y se pone á secar la vajilla con gran actividad.)*

ESCENA II

DICHOS y la SEÑORA DE PÉREZ.

*(La señora se acerca y examina las piezas de la vajilla.)*

SRA. Yo creía que me lo encontraría ya toda limpio y colocado en su sitio, Isidora. ¿Cómo han tardado ustedes tanto siendo dos? ¿Qué ha pasado?

ISID. Nada, señorita. Son muchas las piezas, y eso de que somos dos... El pobre Antolín hace todo lo que puede; ¡pero le cunde tan poquito! Casi es más lo que estorba que lo que ayuda.

SRA. *(A Antolín.)* Pero hombre, si es una cosa tan fácil lavar la porcelana. Fíjate en cómo lo hace Isidora. Si no has aprendido á lavar y secar un plato en dos meses que llevas sirviendo, no sé cuándo vas á saber tu obligación. Nada, nada, hay que aplicarse. Isidora no lo puede hacer todo, y si no sirve para ayudarla tendré que traer otro criado en tu lugar.  
*(Antolín, que ha escuchado con cara de gran asombro, va á hablar, pero Isidora se adelanta y le corta la palabra.)*

ISID. ¡Ay, señorita, pobrecillo! Es corto, pero es muy bueno. El se aplicará; es muy joven.

SRA. Siempre me dice usted lo mismo, pero nunca adelanta. Es usted demasiado buena con él.

ESCENA III

DICHOS, CAROLINA y TEODORO.

CAROL. Mamá, hemos ido á merendar, y no hay en nuestra mesita más que pan.

*(Antolín todo sorprendido sale de prisa.)*

SRA. *(A Isidora.)* ¿Por qué no ha puesto usted fruta y dulces como la he mandado?

ISID. Ya sabe la señorita que es Antolín el encargado de poner la merienda á los niños. El tiene las llaves. El otro día, cuando vino la hermana de la señorita, quiso tomar un dulce y no hubo manera, porque Antolín había salido; ¡y como él tiene las llaves...!

SRA. ¿Y dónde se ha metido Antolín? Este chico es una calamidad. Vaya usted á buscarle, que voy á hablarle claramente.

ISID. ¡Pobre! No alcanza más. ¡A mí me da una lástima!

SRA. Bueno, bueno, vaya usted á llamarle. Ya me voy cansando de tanta torpeza. *(Sale Isidora.)*

ESCENA IV

LA SEÑORA, CAROLINA y TEODORO

CAROL. Mamá, vas á tener que despedir á Antolín.

SRA. ¿Por qué?

TEOD. Porque es un ganso.

CAROL. Es torpe, perezoso, desobediente y muy agarrado.

SRA. ¿Cómo agarrado, hija mía?

TEOD. Sí, mamá; no da de comer ni de beber á nadie.

SRA. ¿Quién os ha dicho eso?

TEOD. Blas, el cochero de al lado, decía el otro día que Antolín no había sido para darle una copa de vino y unos bizcochos.

CAROL. Sí, mamá, que es agarrado. El otro día quiso Isidora dar té á su prima, que vino á verla, y no pudieron conseguir que Antolín les diera azúcar.

TEOD. ¡Es un roñoso!

SRA. No, hijos míos; en eso ha hecho muy bien porque no podía dar lo que no era suyo.

*Continuará.*

## SISTEMA INMEJORABLE

El condesito de Zarzablanca era uno de los principales cazadores del pueblo. Todos los días que iba al monte regresaba con el morral bien repleto, ya de conejos, ya de liebres, ya de alondras, chochas ó perdices. Nunca, ni por casualidad, se dió el caso de que volviera de



vacío, pues antes faltaran las estrellas en el cielo y las florecillas en los prados y los torrentes en la sierra, que algunas piezas á su espalda. Sin embargo, los demás cazadores no lo elogiaban cuanto debieran, porque el conde, como si los despreciara por ser malos ricos y malos nobles que él, no gustaba de ir en su compañía ni los admitía en sus cotos.

De esto charlaban un anocheecer, al regresar al pueblo, cuando se encontraron al tío Julián, guarda del condesito. Venía el viejo un tanto alegre por el vino que bebiera, y un tanto disgustado por el tratamiento poco afectuoso que había recibido de su amo.

—Le he traído cuatro conejos y él quería aves. De traerle aves, acaso hubiera apetecido conejos...—exclamó el buen hombre.

—Entonces—dijo uno del grupo—bien se conoce que hoy no ha ido él de caza, pues, para hacerse el plato, no necesita manos ajenas...

—¡Si cuando caza fueran ustedes detrás de él...!

Intrigados todos por las palabras del anciano, determinaron que el Sr. Lucas, vejete marrullero, siguiese al conde en su excursión del siguiente día.

Aquél, en cuanto amaneció, se plantó en una era y, apenas salió el conde del pueblo, empezó á caminar detrás de él á una prudente distancia. Primero atravesaron la llanura, luego subieron los suaves recuestos de las colinas y, al fin, se internaron en el monte.

El espía vió que el conde entraba en la cabaña del tío Julián y que al poco tiempo salía con él. Iban despacio, mirando entre los jarales y



las breñas, cuando, echándose el guarda la escopeta á la cara, disparó, salió corriendo el podeduco y tornó á poco con una liebre. El conde ni siquiera se descolgó la carabina del hombro; antes, con mucha flemma, sentóse sobre el césped junto al tronco de una encina, encendió un cigarro y se puso á leer un periódico. Alejóse el tío Julián, de vez en cuando retumbó en el monte con el estruendo de sus tiros, y, pasada una hora, regresó trayendo dos ó tres conejos que pasaron al morral de su amo. El Sr. Lucas, al ver estas maniobras, lanzó una carcajada y exclamó, como en las comedias del viejo repertorio:

—¡Ahora lo comprendo todo...! ¡He aquí un sistema inmejorable de cazar...!

José A. LUENGO.



### EL GENERAL CHAUZY EN LA BATALLA DE MANS

La batalla de Mans fué una de las más importantes de la guerra franco-prusiana. Se libró el 11 de Enero de 1871, y fué un éxito del general Chauzy, que se batió admirablemente en retirada, acosado por el enemigo,

para organizar después la defensa de Mans. Fué decisiva para esta acción la intervención de la artillería francesa, cuyos certeros disparos apagaron los fuegos de los prusianos.



## UNA OBRA BENEFICA

En Bélgica existe una institución muy simpática y muy digna de aplauso y de imitación, fundada, patrocinada y dirigida por el príncipe Alberto.

Está dedicada á la protección de huérfanos de marinos y pescadores, y tiene por local un barco, el *Ibis*, donde se embarcan los pequeños protegidos, y allí van aprendiendo las faenas indispensables para la lucha con el mar.

No hay que decir si estarán atendidos, teniendo en cuenta el carácter principalmente benéfico de la institución.

También puede alabarse desde el punto de vista higiénico, pues con los aires del mar y el consiguiente trajín de la vida á bordo, los chicos se crían sanos, robustos y contentos.

El príncipe Alberto pasa de vez en cuando revista á los huerfanitos. Y suele llevar en su compañía á sus dos hijos, Leopoldo y Carlos Teodoro, tal vez para educarles también en el consuelo que se debe á la desgracia.

En esos momentos, los pequeños marineros vitorean á su generoso protector, pagando con su sincera gratitud los beneficios recibidos.

Ayuntamiento de Madrid



## LAS BONDADES DE NINI

XXVII

Pues señor... que llegamos al jardín!

—¡Mira, mira, Luz—dije,—tenía razón la madre Rosario! ¡Cuántas cosas tienen los árboles! Yo creo que es una majadería esperar á que nos den nueces, y cerezas, y guindas, pudiéndolas coger nosotras... ¿No te parece á ti lo mismo?

Luz me miraba con la boca abierta.

—Oye, oye, chica, cierra la boca, que te van á entrar moscas... ¡Pero, hija, pareces una estatua... y además tonta de capirote...! Pero ¿estás lela, Luz?—la grité.

—No, no estoy lela—contestó;—es que me asustas, Niní; eres muy mala; si vienen las madres y nos ven, ¡verás qué castigo!

—¡Quia! ¡Si son muy buenas!

—Pues si son buenas, tampoco debemos disgustarlas... ¡Huy, qué miedo! ¡Coger fruta sin permiso...! ¡Eso es robar, Niní! ¡Nos castigarán, y las monjitas llorarán al ver que somos unas ladronas...! Y se lo dirán á nuestros papás... ¡Y hasta puede ser que nos lleven á la cárcel...!

—¡Atiza! ¡Atiza!—la dije.—¡Pues no eres tú poco miedicas...! ¡A la cárcel...! ¡Lo menos...! ¡Puede que nos ahorquen...! ¿No te parece mejor? Pues mira, yo quiero, y quiero, y me da la gana comer ahora mismito cerezas y avellanas, ¿oyes? Y me subiré al árbol, y las cogeré, y tú también...

—¡Ay, no; yo no! ¡Qué miedo!—exclamó Luz.—Prefiero no comerlas; se lo voy á decir á la madre Rosario...

—¡Ah!—contesté.—¿Conque eres acusica también...? Pues yo te digo que si no me ayudas y vas á acusar, te doy tres coscorriones fuertes... fuertes... para que aprendas á ser buena como yo, que no acuso á nadie... ¡Y te daré dos patadas además si chillas...! ¡Anda...! ¿Estás

haciendo pucheros...? Bueno, pues también te pegaré si haces pucheros... y no te querré para amiga mía...

—¡No me importa!—dijo Luz casi jipando.—Eres una niña muy mala, Niní... y yo no quiero ser tu amiga... y diré á la madre Rosario que mejor quiero estar en clase, que jugar contigo... ¡Eso!

—¡Oye...! ¡Oye...! ¡Lechuzal!—la grité.—¡Como digas algo, verás! ¡Vaya con la mosquita muerta...! ¿Y te parece á ti que es bonito acusar...? ¿Es eso ser buena...? ¿Y tú dices que yo soy mala, y quieres acusarme para que me castiguen? ¡Está bonito...! ¡Vaya una niña fea que eres, Luz...! Mira, tonta, tontísima, más que retonta... si á ti no te pasará nada si me ayudas y te callas... ¡Anda, rica, Lucecita, preciosa, retrechera, ayúdame... Ya ves, ni siquiera te digo que te subas tú á los árboles, sino sólo que me ayudes y me empujes un poquito... yo me subiré... cogeré la fruta y te la echaré desde el árbol; tú la coges en el delantal... pero sin comértela, ¿eh...? y cuando yo me baje del árbol nos la repartimos... ¡Verás qué bien! ¡Anda! ¿Sí, verdad...? ¡Y te querré mucho, y cuando venga á verme una amiguita mía que se llama Piluca, la diré que eres la mar de buena y que te dé bombones...!

Me llevé á Luz al árbol, y la hice que se pusiera así... casi como un perro... y me subí encima de ella... me agarré al árbol, y empecé á subir... ¡Huy qué barbaridad; cómo pinchaba la corteza!...

—Me parece, Luz—grité,—que esto es un poquito difícil.

—¡Claro!—dijo Luz.—¡Bájate, Niní, que te vas á caer!

—¡Espera, espera!—contesté,—no es cosa de haber subido para bajarse sin nada; voy á coger aquella rama primera que está llenita de cerezas, y en seguidita me bajaré.

Quise agarrarme á aquella rama y oí que hacía... ¡crag! y también oí á Luz que gritaba:

—¡Que se rompe la rama, Niní! ¡Que te caes! ¡Que te matas! ¡Madre Rosario...! ¡¡¡Socorro!!!

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.



## LA ESCULTURA

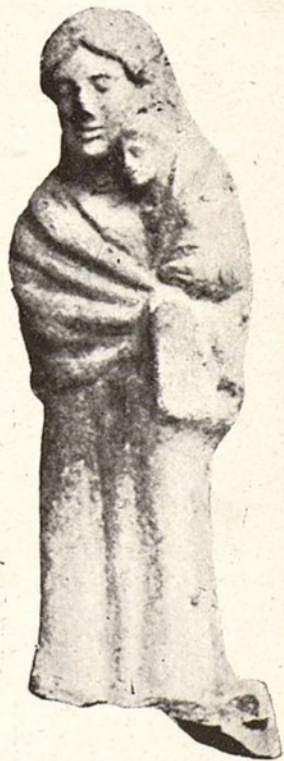
### I

El origen de la escultura está indudablemente en la imitación, en forma material y corpórea, de los seres animados, nacida en las más remotas civilizaciones que adoraban ídolos representativos de alguna divinidad.

Encuétrase después la escultura de los asirios, empleada por modo principal para ornamento de los templos y que tiene un carácter simbólico y religioso, así como también la de los egipcios. No obstante la rudeza y la tosquedad de sus líneas y la simetría que preside en la colocación de las figuras y su inexpressión, revela una larga práctica en el manejo del cincel que se emplea en hacer esculturas propiamente dichas, figuras de hombres y mujeres de todos tamaños, desde las más diminutas, propias para adorno del ara familiar ó para recuerdo funerario, hasta las de dimensiones gigantescas colocadas á modo de columnas para sostener la techumbre de los templos.

La rudeza de que antes hablo es más que disculpable, supuesto que aquellas son las primeras pruebas del arte escultórico, el cual empezó por ser una línea que dibujaba sobre la superficie del muro de los templos las imágenes que se querían representar; no contentándose luego con este modo de expresión y queriendo acercarse más á la representación real de los objetos, que no son planos sino que tienen su relieve, ahondó en los muros y trató de dar apariencia de vida á las formas que imitaba por medio del bulto ó del realce, de donde provino el bajo y el alto relieve; todavía pareció poco este avance y, dando un paso más, separóse completamente la imagen de la superficie del muro, y la figura humana alternó con la columna en la función de sostener el techo del templo, hasta que prescindióse en absoluto de considerarla como parte de arquitectura y nació la estatuaria.

El examen de las esculturas egipcias revela el origen arquitectónico que tuvieron: sus líneas son rectas y amplias; la actitud dura, imponente; las piernas están juntas y los pies unidos; los brazos caídos al lado del cuerpo, ó lo más, cruzados sobre el pecho; la cara sin expresión. No trataron de imitar la naturaleza, de copiar al hombre, sino de representar un símbolo, una idea, la divinidad.



Análogo carácter que la escultura asiria tiene la de los persas, la de la India, la de China y el Japón; con formas más ó menos perfectas, según las distintas edades, esos pueblos han usado la escultura para representar divinidades monstruosas, seres con varias cabezas de hombres ó de animales, ó con múltiples brazos. La escultura en esos países ha estado siempre íntimamente ligada con la religión, pero estas religiones sólo tenían representaciones espantables; el poder de sus divinidades se quería presentar á los ojos del pueblo en su forma terrorífica; la coacción sobre el ánimo de las muchedumbres se obtenía por medio del espanto que la visión de los dioses les produjera.



Las colonias egipcias que se trasladaron á Grecia llevaron allí sus ciencias y su saber, y la mezcla de las dos razas dió origen á la civilización y al arte griegos. No vaya á creerse, sin embargo, que Grecia alcanzó en seguida la perfección, pues en las obras escultóricas de las primeras escuelas se nota la influencia egipcia traducida en cierta rigidez, especialmente en las caras de las estatuas, denotadora de que al esculpir las se atendía más que á la realidad, á reproducir un tipo imaginario y siempre igual. Pero poco á poco fueron los artistas inspirándose en las formas humanas, estudiando con cuidado escrupuloso la anatomía, y á medida que la escultura se distanciaba de la religión, sobre todo de la rígida, severa y extra-humana de los egipcios, para dedicarse á interpretar los dioses griegos (que, si bien estaban colocados por encima de los mortales cuyos actos regían, participaban de sus pasiones hasta en su modo de pensar), fué ganando en perfección y belleza, hasta alcanzar una altura que nadie ha traspasado después.

Esto no quiere decir que los maestros de la edad de oro de la estatuaria griega, Fidias y sus discípulos, fuesen esclavos de la realidad, sino que la copiaron idealizándola, para lograr la belleza absoluta.

La decadencia de la escultura empezó luego, al dar mayor importancia á lo real, llegando á copiarlo servilmente y limitándose á interpretar lo bello tal como lo veían

Estas corrientes siguió la escultura durante el tiempo de Roma y, más tarde, en la época del Renacimiento, aún vino otro elemento á enturbiarlas, el influjo de los pintores, el cual hizo que se apartase la estatuaria de la serenidad que constituyó una de las bellezas y una de las normas del arte griego.

JUAN ANTON.

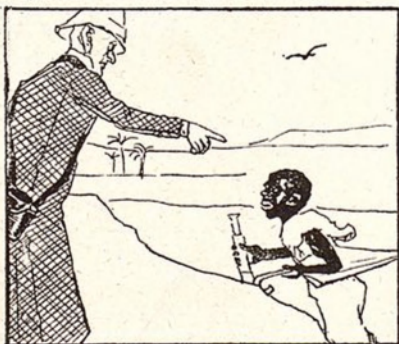
## UNA CASUALIDAD



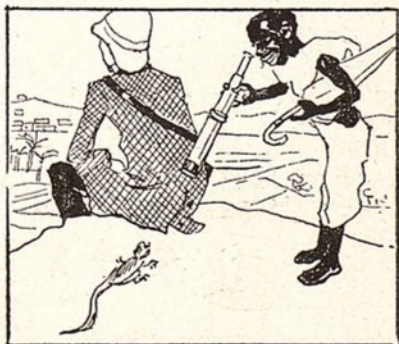
Para hacer algunos estudios por el Sudán, mister Jonson tomó un criado negro llamado Tobi.



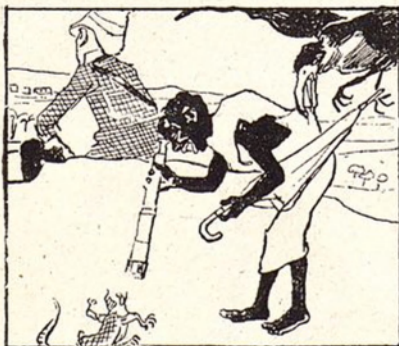
Encargándole que le siguiera á todas partes con el antejo y el quitasol.



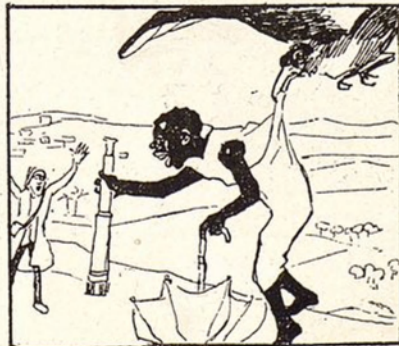
Mister Jonson quiso trabajar y ordenó á Tobi que se sentara detrás para no interrumpirle.



Pero Tobi, como era una criatura, en vez de sentarse, se puso á mirar por el antejo.



Estaba encantado contemplando un lagarto, cuando de pronto apareció un aguilucho.



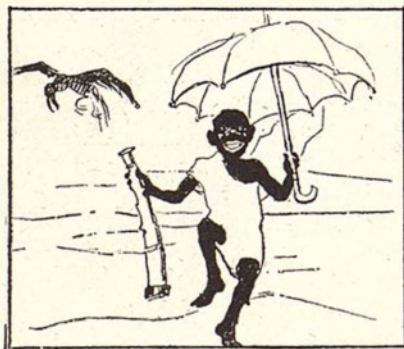
Y se le llevó por los aires, sin que le valieran sus gritos ni las protestas de mister Jonson.



Tobi se vió perdido, pero por si podía salvarse, empezó á defenderse del aguilucho.



Tanto le pegó con el antenjo, que el aguilucho, dolorido y lastimado soltó su presa.



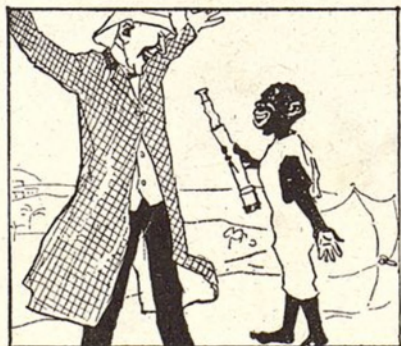
Y como dió la casualidad de que se abriera el quitasol, Tobi tuvo un paracaídas.



Y descendió majestuosamente, cantando en el espacio por haber salvado la pelleja.



Cayendo encima de su amo, el cual, al sentir el golpe, creyó en una nueva desgracia



Hasta que al ver á Tobi sano y salvo, bendijo la casualidad del quitasol, que se lo devolvía.